

SANCIONES A CHINA

LA GUERRA.—RUMORES DE PAZ.—EL PETROLEO DE IRAN

Por CARLOS ESPLA
(Redactor de NOSOTROS)

A.P.C.E.

Sig: 1.24/1507

359
Estor

MARCHA DE LA GUERRA

LA nueva gran ofensiva montada a son de bombo y platillos por los chinos y coreanos del norte, parece condenada al fracaso y, en realidad, puede decirse que, prácticamente, ha fracasado ya, cuando menos en sus grandes líneas y en sus ambiciosos propósitos. Uno de éstos, según declaraciones de un prisionero, consistía en el aniquilamiento de la famosa Segunda División estadounidense para vengar así la derrota que ésta les infligiera en la anterior ofensiva. Pues bien, no sólo este propósito se ha frustrado totalmente, sino que también ha sido esta misma división la que mayor daño ha causado a los ejércitos atacantes y más ha contribuido a desbaratar sus planes. La línea defensiva situada al N.E. de Seúl—donde el alto mando norteamericano decidió resistir la acometida china, dando por terminada la retirada de sus tropas en aquel sector—, no ha sido perforada y, por el contrario, sus defensores contraatacan hacia el norte, aproximándose de nuevo—en este trágico y sangriento tira y afloja— al famosísimo Paralelo 38. No quiere esto decir, ni mucho menos, que los ejércitos chinos y coreanos del norte estén totalmente derrotados y huyan a la desbandada; pero tampoco han logrado derrotar a sus adversarios—pe-se a la magnitud de sus preparativos y a las enormes bajas sufridas— y, desgraciadamente, hay que esperar nuevos y terribles choques antes de que se vislumbre siquiera el final de la feroz contienda.

SE HABLA DE PAZ

No obstante, en determinados círculos diplomáticos y políticos, se habla de paz. La prensa de los EE. UU. se ocupa insistentemente del tema; la rusa, singularmente Pravda, también, aunque rechazando el supuesto de que Rusia se proponga efectuar sondeos pacifistas de ninguna clase. ¿Qué fundamento tienen estos rumores y cuál es su origen? En primer lugar hay que atribuirlos a ciertas declaraciones del general Bradley ante las comisiones senatoriales que entienden del caso MacArthur. El general dijo que la paz puede llegar si los aliados logran aplastar la gran ofensiva china; pero admitió también la posibilidad de una ter-

minación lenta de la contienda, recordando el modo como terminó la lucha en Grecia que, en el caso de Corea, se traduciría en una retirada de los aliados a posiciones situadas al sur del Paralelo 38 y que los coreanos del norte dejasen de atacar y avanzar hacia el sur de dicho paralelo. Añadió el general que estimaba más fácil negociar condiciones de paz con los chinos que con los rusos, aunque no acierte a comprender claramente cómo diablos se puede negociar una paz con un país con el que no se está en guerra. Claro es que la intervención armada de China en Corea y el suministro de material bélico por parte de Rusia son secretos de Polichinela: pero la primera se acoge al truco de los "voluntarios" y la segunda tiene mil excusas para desvirtuar el cargo que se le hace.

En cuanto a la aportación del secretario de Estado, Dean Acheson, a la propagación de los rumores de una paz posible y pronta, consiste en su categórica afirmación de que los EE. UU. están dispuestos a negociar con los comunistas chinos un arreglo sobre la guerra en Corea, pero advirtiéndole que ignoraba que se hubiesen efectuado sondeos en este sentido, aunque conservaba la esperanza de tener éxito en cualquier negociación que pudiese llevarse a cabo en lo futuro. En resumen, y como decimos antes, se habla de paz. Paz negociada, desde luego, porque la posibilidad de una paz impuesta tras una aplastante victoria militar, es sumamente remota y de lo que se trata, precisamente, es de apresurar en cuanto sea posible decorosamente para ambas partes, el término de la lucha en Corea, eliminando así radicalmente el riesgo de su expansión, con todas las terribles derivaciones que ésta podría tener.

SANCIONES

La asamblea general de la ONU acordó, por 47 votos contra 0, la aplicación de sanciones a la China comunista. En principio, tal acuerdo fué adoptado por la comisión de sanciones, por 11 votos contra 0; pasó luego a la comisión política, que lo aprobó por 45 votos y, finalmente, fué sancionado en forma definitiva por la asamblea general por 47 votos contra 0 y 8 abstenciones que corresponden a Afganistán, Birmania, Egipto, Indo-

nesia, Paquistán, Siria, Suecia y la India. Los votos de Rusia y su grupo no se registraron y todo hace suponer que estos países piensan hacer caso omiso de la recomendación de la ONU a todas las naciones del mundo para que se abstengan de enviar elementos bélicos a la China comunista y a los coreanos del norte.

Confesamos nuestro escepticismo sobre la eficacia de estas sanciones que, como puede apreciar el lector, son de tipo puramente económico. Tampoco nos convencería de su posible eficacia el que fuesen de tipo diferente. Recordamos otras sanciones que sólo han servido para demostrar la dificultad de lograr la unanimidad en la aplicación de una acción colectiva de carácter punitivo. El ejemplo clásico nos lo facilita el acuerdo de la S. de N. de aplicar sanciones a Italia en el caso Mussolini-Etiopía. Recordamos también el caso del Japón y su invasión de Manchuria, aunque entonces no se aplicaron sanciones y la S. de N. se limitó a exteriorizar solemnemente el disgusto que le causaba tan reprochable conducta, a lo que el Japón contestó retirándose de la enojada comunidad de naciones... y ordenando a sus ejércitos que avanzasen más hacia el interior de Manchuria. No; la aplicación de esta clase de sanciones no justifica decididamente el menor optimismo y tal vez por eso los EE. UU. proyectan vigorizarlas ampliándolas al campo diplomático y militar; pero parece que Inglaterra ya ha hecho patente su disconformidad con tal procedimiento, estimando que, dado el actual estado de cosas, bastan las de carácter económico ya acordadas.

PETROLEO PELIGROSO

Si: el petróleo del Irán corre el grave riesgo de transformarse en explosivo en proporciones tales que basten a volar el mundo en pedruzcos. El problema está planteado en términos clarísimos: Irán quiere su petróleo; Inglaterra también quiere y necesita vitalmente el petróleo del Irán. Digamos, de paso, que el Irán produce la quinta parte del petróleo del mundo y cuenta con reservas intactas para, cuando menos, 50 ó 60 años. Esta fabulosa riqueza la explota, mediante concesión que no eximirá hasta el año 1993, la Anglo-Iranian Oil Company, con un capital de

585 millones de dólares, de la cual posee el gobierno inglés el 53% de las acciones.

Hemos dicho que Inglaterra necesita vitalmente este petróleo y a ello podemos añadir que esta necesidad es tanto de carácter económico como militar. En este último aspecto porque una sola de las refinерías de la compañía, la de Abadan, provee combustible a la flota británica y en el económico porque le permite acumular dólares vendiendo petróleo a las compañías de los EE. UU. y concmizarlos al no tener que comprar combustible en el hemisferio occidental.

Pero, a pesar de que la concesión no expira hasta 1993 los iraneses, repetimos, quieren su petróleo. Y lo quieren con un fervor nacionalista rayano en la histeria, prescindiendo de procedimientos diplomáticos, de notas y proposiciones de Inglaterra, e incluso amenazando con una guerra Santa a ésta y a los EE. UU. acusando a éstos de intervenir en un asunto que, al parecer, no les concierne; pero que, en realidad, les concierne enormemente por cuanto este asunto del petróleo ofrece otro aspecto mucho más delicado que el que estriba su verdadero peligro: El tratado ruso-iranés de 1921 cuyo artículo sexto estipula que, en caso de intervención armada de una tercera potencia en forma que constituyese una amenaza para la seguridad de las fronteras de la URSS o de naciones aliadas con ella, ésta tendría el derecho de enviar sus tropas al interior de Persia en interés de su propia seguridad.

Informaciones periodísticas han insinuado la posibilidad de que Inglaterra envíe fuerzas para defender sus intereses petrolíferos que está en grave riesgo de perder. Por otra parte, el general Bradley, en una de sus últimas declaraciones ante las comisiones senatoriales, acaba de afirmar que "existe el peligro de que los rusos entren en Irán y comiencen así una nueva agresión".

Agresión, añadimos nosotros, a la que los aliados no tendrían más que una forma de responder, sin opción posible ni alternativa viable.

Y entonces se habrá convertido en trágica realidad la conversión del utilísimo, pacífico petróleo, en temible explosivo capaz de provocar—precisamente por su utilidad— la más pavorosa de las tragedias.